

de su pueblo, les dirige sobre el modo de poner término á las hondas discordias que traían divididas, hacía ya siglos, á las tres clases de pobladores de la ciudad de Pamplona; y al año siguiente (1423) aprueban estas mismas Cortes el célebre *Privilegio ó Pacto de la Unión*, á que debió Pamplona en lo sucesivo su prosperidad y el ver concluidas la separación de barrios y sus luchas, para convertirse en una sola y pacífica ciudad.—Este rey, demasiado grande para un Estado efímero, durante los últimos años de su vida permaneció casi siempre en Olite, y en estos palacios recibió, en ese mismo año 1423, para morir en sus brazos dos años después, á su hija Blanca, ya casada con D. Juan de Aragón, y al hijo de éstos, D. Carlos, á quien juran los Estados del Reino por heredero de la Corona, con el título de Príncipe de Viana. Este niño, que andando el tiempo había de ser en la historia tan célebre por sus talentos y sus desventuras, pasa allí los primeros y más felices años de su vida: en Olite se desposa, mancebo de 18 años, con Inés de Clèves (1), en cuya ocasión se hicieron *dos palios de oro para el príncipe y la princesa*, celebrándose las bodas con gran pompa, presente en ellas el Duque de Clèves, hermano de la desposada, y todo el acompañamiento de cortesanos tudescos que con ella vino á Navarra, los cuales no dejarían de recrearse con las justas que hubo, y con los moros y moras, juglares de Játiva, que figuraron en dichas fiestas.—Ante las Cortes reunidas en el palacio de Olite en 1442, este mismo príncipe D. Carlos, ya mozo de 21 años, protesta contra la usurpación de sus derechos, cometida por su padre, que se apodera del gobierno del reino muerta la reina D.^a Blanca (2): y

(1) En nuestra INTRODUCCIÓN, p. LXIII, nota 1, nos dejamos llevar maquinalmente por el docto Yanguas, que con notorio error dió el nombre de Ana á la mujer del Príncipe de Viana, Inés de Clèves.—V. las *noticias biográficas* de este Príncipe, que puso aquél al frente de la CRÓNICA DE LOS REYES DE NAVARRA, impresa en Pamplona en 1843.

(2) V. la INTRODUCCIÓN, p. LVIII.

seis años más tarde, la muerte le arrebató su esposa D.^a Inés.—En vida de ésta, entre los años 1442 y 1448, el Príncipe de Viana, á pesar de los actos tiránicos de su padre D. Juan II, era querido y considerado como rey en gran parte de Navarra, y en Olite principalmente no se obedecía más voluntad que la suya, aunque, dócil al deseo de su discreta y santa madre, sólo se titulase lugarteniente de su padre el rey. Éste, ocupado en la guerra con el Castellano, en la cual se mostraba más pujante ahora con el apoyo que le prestaban los partidarios de su suegro el poderoso almirante de Castilla, tenía á la sazón algo desatendidos los negocios de Navarra, donde los adictos á su hijo el Príncipe, ya legítimo rey, cobraban cada día mayor ascendiente.

Por este tiempo, entre los años 1445 y 1446, viajaba por las cortes de España, solicitando votos de los reyes para el antipapa Félix (Duque Amadeo de Saboya), coronado pontífice en Basilea en contra del papa Eugenio IV, un caballero bávaro cuyo nombre no es conocido: el cual, enviado quizá por el duque Ludovico, hijo del Antipapa, de quien se presume fuese criado, venía desde Augsburgo, pasando por Suiza, Italia, la Provenza y el Rosellón, Barcelona y Zaragoza, y por el mediodía del reino de Navarra llegaba á Olite, donde á la sazón se hallaba la corte. Este caballero, y de tal le calificamos, no porque nos conste su linaje, sino por haber merecido que la reina D.^a María de Aragón le condecorase por sus propias manos con la Orden de la *Farra ó de las Azucenas* y le diese el ósculo al conferirle aquel distintivo de caballería, nos refiere en una sumárisima pero interesante descripción que nos dejó de su viaje, la maravilla que le causaron las magnificencias del palacio de Olite. Vale la pena de transcribir sus palabras: «Caminando por dicho reino (Navarra), llegué á una buena ciudad llamada Olite, en la cual estaba el Príncipe que por entonces era rey de Navarra, puesto que el reino entero le obedecía más que á su mismo padre, el cual andaba siempre enemistado con su pueblo. Llévome un

heraldo ante dicho Príncipe ó rey, que era muy joven (1): tráteme amistosamente; hizo lo que yo le pedí, y mandó que me condujesen al aposento de su mujer, que era de nacimiento de la casa de Clèves. El heraldo me hizo ver el palacio: seguro estoy que no hay rey que tenga palacio ni castillo más hermoso, de tantas habitaciones doradas, etc. Vilo yo entonces bien: no se podría decir, ni aun se podría siquiera imaginar, cuán magnífico y suntuoso es dicho palacio.—Condújome el heraldo adonde estaba la Reina, la cual se hallaba á la sazón en el terrado del castillo, rodeada de sus doncellas, solazándose y tomando el fresco debajo de un gran dosel. Á su lado estaba el poderoso Conde de Fox (2), con el cual había estado yo antes. Arrodilléme delante de la reina: díjole el Conde que debía hablar alemán conmigo, pero á ella dióle vergüenza y no quiso. Insistió el Conde diciendo que debía así hacerlo, y entonces ella lo hizo oficialmente y como por ceremonia, de cuyas resultas el Conde tuvo muchas bromas con ella, haciéndome saber por medio de mi intérprete que la Reina deseaba que yo me despidiese de ella á la manera de mi tierra. Excusóse ella por vergüenza que la dió, pero el Conde lo quiso así, y no cesó de divertirse y chancearse con la reina hasta que, hincada la rodilla en tierra, la besé yo la mano según costumbre: fuíme después á sus doncellas, abracélas á todas una después de otra, y besélas las manos, lo cual las disgustó sobremanera; mas la reina quiso que así se hiciese. Á la noche hubo danza, y la reina mandó por mí á mi posada para que asistiese; mas fué tal y tan fuerte la tempestad de lluvia y viento que se levantó, que según entendí después la fuerza del viento apagó las chas (3).

(1) Sólo 24 años tenía por entonces el Príncipe de Viana.

(2) Gaston de Béarn, conde de Foix, marido de D.^a Leonor, hermana de D. Carlos de Viana, que tan contrario fué andando el tiempo al desventurado Príncipe, como instrumento de la ambición de su mujer.—V. la INTRODUCCIÓN, p. LXII.

(3) *Viaje de España por un anónimo* (1446-8), traducido directamente del alemán, por E. G. R. Madrid, tipo-litografía de V. Faure, 1883.—La inteligente autora

En el palacio de Olite residía también en 1462 la infanta D.^a Blanca, que hemos dicho había nacido con la misma mala estrella que su hermano el Príncipe de Viana (1). Declarada por éste al morir heredera del reino de Navarra, en conformidad á lo dispuesto en los testamentos de su abuelo D. Carlos *el Noble* y su madre, había quedado la princesa como blanco á la animadversión de su poderosa madrastra, y sin apoyo contra sus opresores; y de orden del débil y tiránico autor de sus tristes días, la arranca de aquella morada el esclavo de éste, mosén Pierres de Peralta (2), implacable enemigo de los beamonteses. Aléjase D.^a Blanca de aquellos muros anegada en lágrimas, presintiendo sin duda el trágico fin que le estaba reservado en manos de los parientes de su desnaturalizada hermana D.^a Leonor.—Los bandos beamontés y agramontés se hacían en estos calamitosos años encarnizada guerra, y el palacio de Olite participó de la terrible agitación de la época, cayendo en poder de unos y de otros según las alternativas de la lucha, habiéndose concluído en él tratados y celebrado Cortes diferentes veces.

En este palacio de Olite existe un vasto subterráneo que se extiende por debajo de la plaza, y que sin duda fué destinado á poner en comunicación el castillo con la ciudad. Forma una bóveda sustentada en robustos arcos apuntados, de tan considerable magnitud, que puede cómodamente circular por debajo de

de esta traducción, D.^a Emilia Gayangos de Riaño, en el bien escrito Prólogo que ha puesto al frente de este interesante *Viaje*, ha investigado con notable erudición y sana crítica, no sólo la patria y condición del anónimo autor del mismo, sino la época probable de la misión que á España le trajo, y el objeto de ésta. Nosotros hemos aceptado sin vacilar el resultado de una investigación tan meritoria cuanto luminosa, fiados en la autoridad de su eruditísimo padre el Sr. D. Pascual de Gayangos, que, según la misma traductora declara, ha tomado parte en este trabajo. Sólo nos separamos un tanto de sus juiciosas conjeturas en cuanto á la fecha del viaje, que creemos—el de Navarra al menos—anterior al año 1446. Dice en efecto el viajero, que en Castilla fué presentado al rey D. Juan II, hallándose éste en su campamento sobre Olmedo, y esto sucedía en 1445; y ya antes había estado el caballero bávaro en Olite.

(1) INTRODUCCIÓN, p. LXXI.

(2) Ibid.

ellos la caballería. En la actualidad se halla cegada la entrada que tenía por el interior del palacio, y sólo puede penetrarse en ella levantando una losa que se halla en el centro de la plaza pública. Es de suponer que tuviese también su foso, su camino de ronda, y todas las demás condiciones propias de toda fortificación.

Á pesar de reunir magnificencias tan poco comunes que excitaban la admiración de los viajeros, aun de los familiarizados con las maravillas arquitectónicas de las más opulentas cortes, según hemos visto en la narración del caballero bohemio contemporáneo de D. Carlos de Viana y D.^a Inés de Clèves; á pesar de esto, repito, desde la unión de Navarra á Castilla comenzó la decadencia del palacio de Olite. En 1556 fué cedido á los marqueses de Cortes para que estableciesen en él su vivienda, á calidad de ejecutar los reparos necesarios. — En 1718 — rubor causa el decirlo, — el Virrey comunicó á la Cámara de Comptos la real orden de S. M. D. Felipe V mandando enajenar los palacios de Olite y de Tafalla! Y no hubo quien los comprase!... En 1794 sufrió el de Olite un terrible incendio; y el más terrible general Mina, durante la guerra de la Independencia, le volvió á incendiar para impedir que le utilizaran los franceses, fundiendo entonces para hacer balas el plomo de los torrejoncillos y garitones. Aun después de tantas calamidades, conservábase el palacio en regular estado á principios de este siglo; pero el vandalismo de los hombres rugió sobre él é hizo lo que no había podido hacer la voracidad de los incendios: sus bien construídas torres, sus esbeltas arquerías, sus pintadas y doradas tarbeas empezaron á ser demolidas para levantar con sus escombros mezquinas casas y tapias, y para empedrar calles é inmundos estercoleros!

El palacio de Tafalla, con el cual se ha supuesto que trató D. Carlos el Noble de unir el de Olite, construyendo entre uno y otro una galería subterránea de una legua de extensión (1),

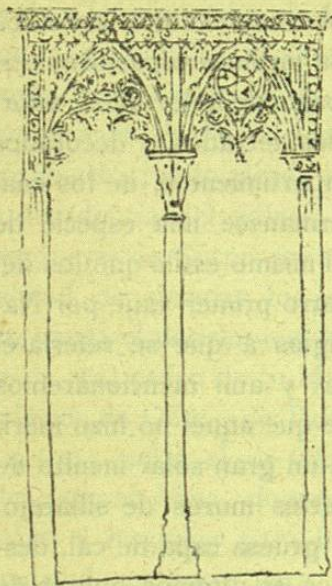
(1) Así lo supuso el erudito Ceán Bermúdez en sus *Adiciones* al cap. XIII de la

no ha sido objeto de tan detenido estudio en nuestros días. Á principios del presente siglo, un informante anónimo que escribía para la Academia de la Historia una descripción, sucinta pero sustancial, de los pueblos de la merindad de Olite (1), decía de este palacio de Tafalla lo siguiente: «Existen los residuos del Real Palacio construído á principios del siglo quince por el señor Rey D. Carlos 3.^o llamado el Noble: cuyo edificio constaba de bastante capacidad y solidez, y tenía jardines espaciosos cercados de murallas sólidas, que hacían parte de la fortaleza, adornadas con sus almenas y remates en los terrados, y decorados los jardines con varias estancias y compartimientos, de los cuales se conservan vestigios, y aún permanece una especie de Belveder formado de arcos góticos, del mismo estilo que los del Alcázar de Olite.» En la época de nuestro primer viaje por Navarra aún subsistían en pié los vestigios á que se refería el informante de ochenta y seis años há: y aun mencionaremos otras partes de la regia construcción de que aquel no hizo mérito. Lo que fué antiguamente jardín era un gran solar inculto de forma cuadrada, cercado de altos y fuertes muros de sillarejo, revestidos por su haz interior de una gruesa capa de cal, desprendida á grandes trechos, y con restos en algunos puntos de pintura mural decorativa, casi del todo borrada. Este espacioso recinto cuadrado, triste *campo de soledad*, invadido por una es-

obra de Llaguno, que dejamos citada; pero no sabemos de dónde sacó tal noticia. El *analista* de Navarra dice: «comprendió (el rey D. Carlos *el Noble*) juntar ambos lugares con una galería alta y baja, ó pórtico continuado de casi una legua, que es lo que dista el uno del otro.» En la relación ó *Descripción histórico-geográfica de la ciudad de Olite*, redactada por los hermanos D. Justo y D. Carlos Martínez y remitida á la Academia de la Historia en 18 de Junio del año 1800 (ms. inédito de la Academia repetidamente citado, t. II), se consigna la misma especie, como que probablemente sería tomada por aquellos del P. Alesón. Y Abella, en su art. OLITE del Diccionario de la Academia, la reprodujo textualmente. No tenemos, pues, conocimiento de que ninguno de los autores que pudo consultar Ceán al escribir aquellas Adiciones, haya emitido la especie de que fuese galería *subterránea* la que intentara construir Carlos *el Noble* para unir los dos lugares y los dos palacios.

(1) Hállase incluido en el precitado tomo II de *Descripciones de Navarra* de la Academia, y sigue á la relación mencionada en la nota precedente.

téril vegetación silvestre que dificultaba el reconocimiento de toda huella de cosa antigua, hacía frente por un lado á la carretera, y por esta parte presentaba su cerca una hermosa fila de torres cuadradas de grande anchura. Los lados perpendiculares á la carretera formaban contigüidad, uno con la calle de entrada al



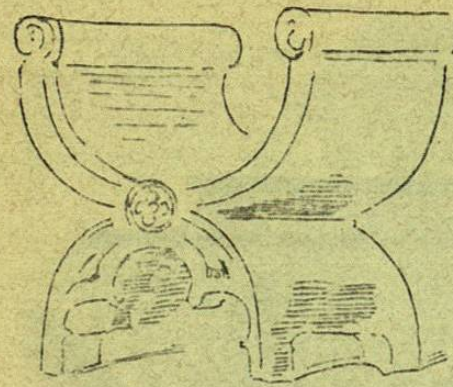
TAFALLA.—VENTANA DEL PALACIO REAL

torreón principal ó castillo, llamado antiguamente *Torre de Ochagavía*, y otro con el palacio propiamente dicho, en cuyo muro se conservaban aún preciosas ventanas-ajimeces de afiligranada crestería gótica del siglo xv.

Hacia la mitad de cada uno de los otros tres muros del jardín había una gran hornacina, cuya pared descubría restos de pintura de época incierta, y el destino de estas edículas parecía haber sido el de baños ó glorietas. Hacia uno de los extremos del ala perteneciente al palacio, pero en el mismo jardín, acababa de desenterrarse el día mismo que

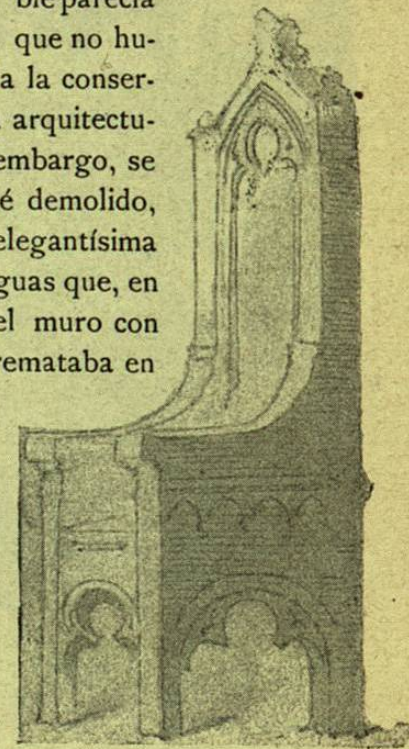
mi acompañante Serra y yo penetramos en el desolado recinto, un hermoso sillón de piedra, de la forma que aquí ves, á cuyo croquis, inmediatamente depositado en la cartera de aquel hábil dibujante, acompañó el de otra silla, también de piedra, de forma de tijera, verdadera y muy curiosa imitación de la *sella curulis* de los etruscos y romanos, que estaba colocada en una de dichas glorietas ú hornacinas.— Otro detalle de la construcción primitiva llamó no menos nuestra atención en este mismo jardín. En el ángulo contiguo al gran torreón de Ochagavía, que aquí te doy dibujado por Serra, había un lindísimo mirador de piedra, sostenido en un arco á modo de trompa. Este mirador comunicaba por un lado con la

torre, y por el otro con una escalera de caracol que salía al



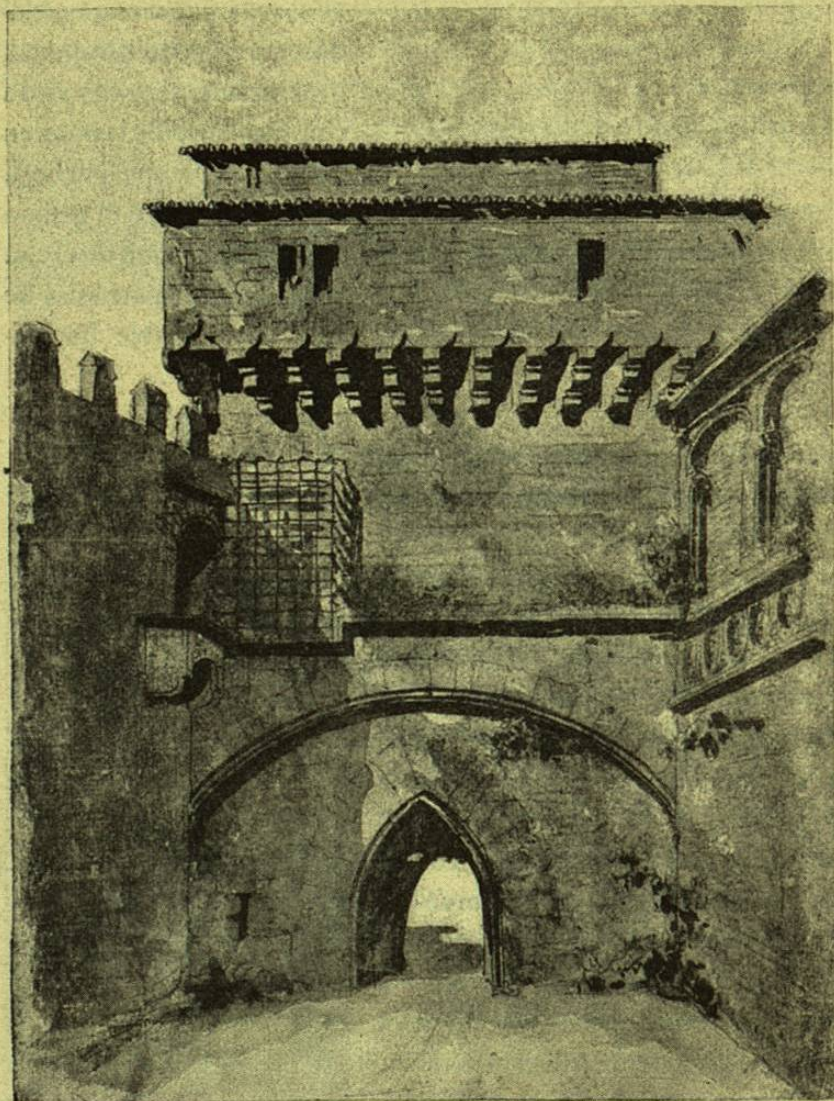
TAFALLA.—SILLA DE PIEDRA EN LOS JARDINES DE PALACIO

jardín. Su calado antepecho, sus tres arcos angrelados, su cubierta piramidal, graciosamente exornada con frondario de pomas en las aristas y una garbosa hoja de cardo en el grumo de remate, hacían de él una verdadera joya artística de valor inapreciable. Imposible parecía que no hubiera sido expresamente recomendada la conservación de este curiosísimo resto de la arquitectura civil palaciana del siglo xv; y sin embargo, se nos asegura que el bello mirador fué demolido, y que sufrió la misma suerte una elegantísima construcción destinada á bajada de aguas que, en forma de arbotante cairelado, unía el muro con un poste aislado de sillería, el cual remataba en un airoso pináculo.— La calle que guiaba á la entrada de la gran torre se hallaba cerrada con una puerta de robustas é imponentes ojivas, pasadas las cuales se veía al fondo aquella, perforada en su centro por otra ojiva no menos imponente, abierta bajo un inmenso arco de descarga casi adintelado y de grandioso aspecto por el atrevimiento de su construcción. Coronaba la torre de Ochagavía un cuerpo saliente sostenido en bien perfiladas mén-



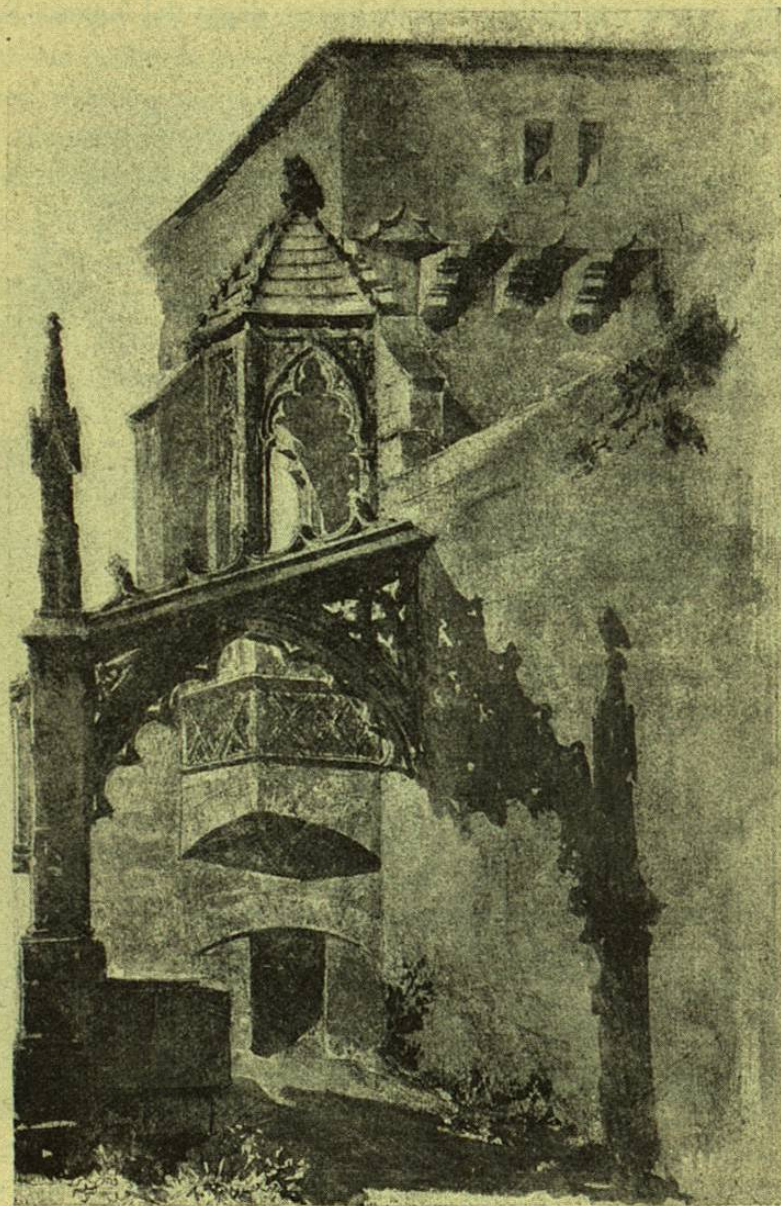
TAFALLA.—SILLÓN DE PIEDRA EN LOS JARDINES DE PALACIO

sulas, que hacían una formidable fila de matacanes, y en el rincón



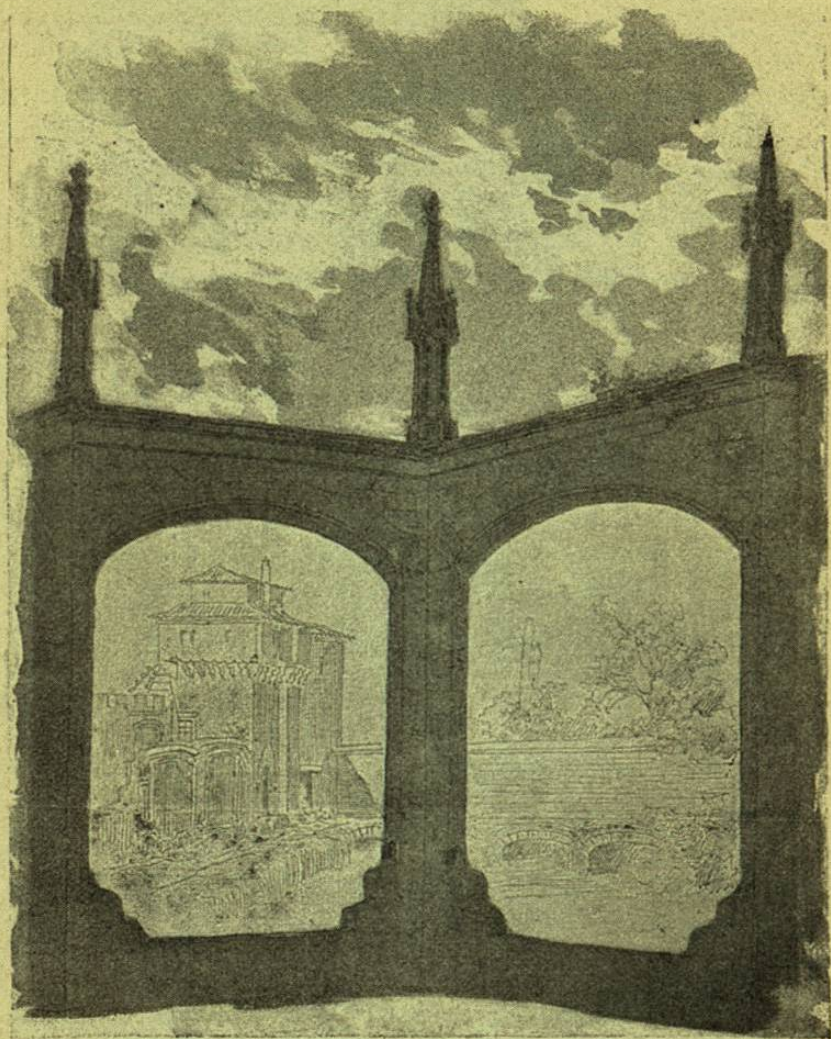
TAFALLA.—TORREÓN DE ENTRADA DEL PALACIO

de la izquierda, pegada al muro del jardín, había una puerta de comunicación con la de bajada al mirador de que he hablado



TAFALLA.—CONDUCTOR DE AGUAS Y MIRADOR EN LOS JARDINES DE PALACIO

antes, comunicación que se había cortado aplicando al vano de dicha puerta una feísima reja de hierro, digna del famoso *Saladero* de Madrid.



TAFALLA.—CENADOR DEL REY EN EL PALACIO

La parte más interesante del antiguo palacio de Tafalla, por cierta singularidad que se advertía en su construcción, era el llamado *cenador del rey*. Hallábase situado mirando á la carretera,

pasada la puerta de la calzada que conducía á la torre, dentro de un solar que cae á la parte del norte de dicha calzada, así como el jardín de las glorietas cae al mediodía. En ese solar, pues, que era también jardín, se alzaba una extraña fábrica de planta poligonal irregular: en los ángulos de este edificio, abierto por todos sus lados con grandes arcos muy rebajados, había unos estribos coronados por esbeltos pináculos, que es fama llevaban unas veletas armónicas las cuales giraban recibiendo el aire por el interior hueco de dichos estribos. El ilustrado barón de Bigüezal (conde de Guendulain después), en cuya noble casa radicaba la alcaidía del castillo de Tafalla, publicó hace 51 años, en un acreditado periódico artístico-literario de Madrid (1), cinco hermosos romances históricos sobre el Príncipe de Viana, acompañados de una interesantísima carta en que, refiriéndose á este palacio, dice lo siguiente: «Muchos de los objetos que de él se describen en estos romances, existen todavía más ó menos deteriorados... La torre llamada de Ochagavía, que la historia y la tradición designan como prisión de caballeros, se conserva intacta entre los dos jardines del palacio, dándole bajada á uno de ellos un elegante caracol. Las veletas armónicas que se citan (en los romances), existen mudas, pero há sesenta años aún conservaba una de ellas la facultad de sonar, entonada al impulso del viento. Del castillo de Santa Lucía, cuya posición da bien á entender su antigua fortaleza, sólo quedan restos de sus cimientos.» Ningún vestigio encontré yo de este castillo de Santa Lucía, quizá por no haber acertado á determinar la situación que ocupaba; pero la torre de Ochagavía con su aspecto de pavorosa prisión, y con la bajada al jardín de las glorietas, que á la mitad del descenso es elegante mirador, esa ya acabas de verla según la encontramos Serra y yo en 1865.—Del *cenador del rey* no puedo decirte sino que realmente advertimos en los estribos del costado de

(1) *El Artista*, tomo I, p. 220 y siguientes.